

Adriam Camacho
Domínguez

*Los orígenes de la
supremacía económica
de la Orden de
Nuestra Señora de Belén
en Cuba*

La Iglesia Católica en Cuba es sin dudas uno de los temas menos trabajados por la historiografía cubana. Esta institución se convirtió en el período colonial en el principal centro social y cultural de la Isla; tuvo en sus manos el monopolio de la educación, la salud pública y las labores benéficas, y fue el principal sostén ideológico del dominio español en América. Dentro de este marco general, a uno de los aspectos a los que menos atención se ha dedicado es al estudio de las órdenes religiosas que empezaron a asentarse en la Isla desde el siglo XVI hasta el XVIII. La información bibliográfica resulta escasa y la documentación en nuestros archivos se encuentra dispersa, lo que impide un análisis serio del proceso histórico de las órdenes en Cuba.

La actuación preponderante de estas en la vida socio-cultural de la época, a través de esferas como la salud y la educación, resultaban impensables sin una sólida base económica que les proporcionara los ingresos y las rentas necesarias para financiar aquella múltiple y costosa red de actividades. Las relaciones surgidas de la propia dinámica de la vida colonial les permitieron crear vínculos económicos diversos con los criollos, creándose una madeja de intereses comunes de gran significación.

En la Cuba colonial convivieron varias órdenes religiosas femeninas y masculinas. Los franciscanos, jesuitas, dominicos y clarisas son algunas de las más importantes y conocidas, pero no fueron las únicas que se establecieron en un proceso que va desde el siglo XVI hasta el XVIII. Una de las órdenes que llegó a ostentar una importante posición económica y social fue la de Nuestra Señora

de Belén. Su participación dentro de la vida sociocultural de la sociedad habanera del siglo XVIII, sustentada en la educación y la salud, le permitió ir identificándose con las diferentes clases sociales de la época.

Desde la llegada de la orden, a inicios del siglo XVIII,¹ se fueron sentando las bases para convertirse en una de las que mayor poderío económico tenía en la primera mitad del siglo XIX. Los belemitas—como también se conoce esta orden—estuvieron ligados al arrendamiento de viviendas urbanas, a la producción agropecuaria como propietarios de varias haciendas y tres ingenios, viéndose involucrados en el contrabando de esclavos y en el implemento de la esclavitud de plantación y fueron uno de los principales accionistas de la Real Compañía de Comercio de La Habana. Durante la oleada secularizadora de los bienes de la Iglesia en 1840, ninguna otra orden religiosa tenía en su poder tantas riquezas.² Pero, ¿qué factores internos y externos incidieron en su despegue económico?, ¿cómo esta familia religiosa logró una supremacía económica por encima de otras órdenes con mucha más tradición y mayor tiempo en Cuba?

Entender la política económica desplegada por esta orden y su verdadera importancia en su momento histórico nos remite, obligatoriamente, al análisis de una serie de factores que son claves para comprender el porqué de la formación de su patrimonio financiero.

Desde el punto de vista externo es necesario entender algunas cuestiones:

1. La Orden de Nuestra Señora de Belén fue una de las pocas que no viajaron de España a América, sino que nacieron en este último continente.³ Antes de arribar a Cuba los belemitas ya se

¹ En 1704 llegaron a Cuba los primeros religiosos belemitas, “Fray Francisco del Rosario y Fray Julián de San Bartolomé, con la licencia y orden de su Comunidad y especial con la del Rvdo. Padre Fray Miguel Jesús María, Vice Prefecto general de dicha Religión. Posteriormente llegaron con título de Prefecto Fr Martín de la Natividad y Fr Ambrosio de San Patricio con el de Vice-Prefecto.

² Para más información ver: Segre Ricardo, Rigoberto: *Conventos y secularización en el siglo XIX cubano*, 66 pp., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

³ El surgimiento de la orden belemita está vinculado a la personalidad y trayectoria de Pedro de San José Betancourt. Alrededor de este hombre, en Guatemala, se empezaron a congregar un grupo de terciarios franciscanos para dedicarse al servicio de los convalecientes. De esta manera se fue organizando

encontraban asentados en Guatemala, Perú y México, en esas regiones pasaron las primeras cuatro décadas de vida de este instituto religioso, conformándose y tomando identidad propia, ya sea por sus labores o por la forma en que comenzaban a tratar los problemas económicos. Esta orden, enteramente americana, va ser la única que se asentara en territorio cubano en la colonia y que no provenía de Europa. Estos religiosos, lejos del saber europeo de las órdenes tradicionales, debido a su formación en territorio americano, debieron penetrar con mayor facilidad en la psicología criolla conformando una política propia más identificada con las problemáticas del continente, obteniendo a la larga mejores resultados en su política de establecimiento en Cuba, así como en la conformación de una sólida riqueza conventual que, paralelamente al desarrollo de la Orden, la llevarían a violar el voto de pobreza. Los belemitas cuando llegaron a Cuba se encontraban con un poder de influencia e independencia mucho mayores que los de sus contemporáneos provenientes de Europa en la Isla, por lo que su arrancada fue desde un inicio con cierta ventaja.

2. Otro aspecto va tocar de cerca el comportamiento de esta comunidad. ¿Cómo se sustentaron los belemitas desde su surgimiento?, ¿al llegar a Cuba qué intereses económicos ya habían empezado a manifestar?

En los primeros momentos, durante el tiempo del Santo Hermano Pedro,⁴ la limosna parecía el único medio lícito de practicar la pobreza, y a la vez financiar los costos de la caridad, esta fue la principal fuente de ingreso del grupo original.

A la muerte de su fundador en 1667, la organización, consolidación y expansión de una congregación que era a la vez monástica y hospitalaria, esto es, casi improductiva por un lado y costosa sin ser en sí misma rentable por otro, desnudó muy

una familia religiosa: la Orden de Nuestra Señora de Belén, reconocida y aprobada por la Iglesia después de la muerte de su fundador.

⁴ En 1729 el Papa Benedicto XII autorizó la apertura del proceso apostólico de su beatificación y canonización. El 25 de julio de 1771, el Papa Clemente XVI decretó que el Hermano Pedro había practicado las virtudes teologales y morales en grado heroico y lo declaró Venerable. El 22 de junio de 1980 el Papa Juan Pablo II lo elevó a la dignidad de beato y el 30 de julio de 2002, durante la visita de su Santidad Juan Pablo II a Guatemala, fue llevada a cabo su canonización.

rápidamente la fragilidad de la limosna como recurso económico permanente para financiar sus actividades. Se produjo así una paulatina sustitución de la limosna por la inversión en la economía de la orden, que anhelaba sustraerse de todo control fiscal y obtener el pleno reconocimiento de su capacidad para adquirir, administrar y enajenar libremente bienes. La política de la Corona hacia la Orden reforzó sus posturas avariciosas: en 1721 fue expedida una Real Cédula⁵ por Felipe V, que concedía a los belemitas plena libertad para adquirir los bienes, rentas y limosnas que fueran necesarios liberando de contribuciones las rentas y haciendas de sus hospitales. La jerarquía civil y religiosa no debería de ahora en adelante visitar ni exigir a la Orden una rendición de sus cuentas, por estar ello sólo reservado a su Prefecto General. Esta Real Cédula significó un triunfo para la inmanejable orden belemita que obtenía así la inmunidad real tan preciada por la Iglesia y la llevaría por un nuevo camino que la alejaría cada vez más del voto de pobreza y le permitiría su inserción ilimitada en la economía colonial. En el territorio cubano en ese momento ninguna otra orden religiosa tendría ese privilegio, por lo que las puertas quedaban abiertas para desarrollar con éxito cualquier alternativa económica.

Si los belemitas ya traían estas particularidades desde su surgimiento en Guatemala, en el plano interno también existieron otros factores que vinieron a reforzar las condiciones propicias para una acertada proyección financiera:

1. La singularidad de la Orden desde sus inicios marcó la diferencia con sus contemporáneas en la Isla y acrecentó su prestigio y fuerza en la sociedad producto del reclamo de sus servicios. Desde su nacimiento los belemitas tuvieron la atinada idea de fundar un hospital para convalecientes, esto no sólo se proponía llenar un vacío, sino también, al parecer, evitar prudentemente toda competencia con la Orden de San Juan de Dios, que desde principios del siglo xvii había jugado un papel preponderante en la administración y atención de los hospitales del Nuevo Mundo. Ya en territorio cubano la Convalecencia de Belén en La Habana fue el único lugar que brindaba este tipo

⁵ Para más información ver: Mayo, Carlos A.: *Los belemitas en Buenos Aires: Convento, economía y sociedad. (1742-1822)*, p. 74, Grafic'90. S.L., Sevilla, 1991.

de servicios a la población, ganándose rápidamente el reconocimiento de las diferentes clases sociales de la sociedad habanera.

Es importante decir que aunque esencialmente albergaban a los pobres enfermos, los gobernadores Guazo Calderón y Dionisio Martínez de La Vega actuaron en ciertos aspectos como protectores económicos de la orden, pues enviaban no solo a familiares y amigos, sino también a gente de la tropa, particularmente a aquellos de jerarquía militar superior, eludiendo la obligación de remitirlos como estaba ordenado al Hospital Real o de San Juan de Dios, por el pobre concepto que tenían de su nivel asistencial médico y humano.⁶

En el plano de la enseñanza de las primeras letras, que era otra de sus funciones, encontraba un terreno virgen en suelo cubano. Durante la mayoría del siglo XVIII la escuela de Belén representó uno de los pocos lugares religiosos donde podían ir los niños a recibir su instrucción elemental de forma gratuita. El desarrollo alcanzado por la escuela a cargo de los belemitas, rinde mayores resultados para la segunda mitad del siglo XVIII.

Decía el Obispo Morell de Santa Cruz durante su visita eclesiástica entre 1755 y 1757, que los belemitas: “*Dedicanse así mismo a la instrucción de los niños en las primeras letras. Mantiene hasta 600 en sus escuelas. Los necesitados son asistidos con Cartillas, Libros, Papel y tinta para su enseñanza. Sacan por fin excelentes plumarios. En todo lo demas se portan tambien mui juiciosamente como verdaderos Religiosos y con edificacion del Pueblo Christiano. Esta manera de obrar les ha hecho sin duda merecedores de vendiciones del Cielo, porque en solo cinquenta años que numeran su Fundacion, han construido con vastante primor su Iglesia, Convento y Hospitalidad*”⁷ [sic].

A fines del siglo XVIII, estas escuelas de Belén van a ser el único establecimiento de enseñanza digno de mención, y recibió estímulos de la Real Sociedad Económica.⁸

⁶ José López Sánchez: *Cuba. Medicina y Civilización. Siglos XVII y XVIII*, p. 12, Editorial Científico-Técnica, Madrid, 1997.

⁷ Morell de Santa Cruz. *La visita eclesiástica*. [Selección e Introducción de César García del Pino], p. 15, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

⁸ Para más información ver: Antonio Bachiller y Morales: *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública en la Isla de Cuba*, 3 tt., Cultural S.A., La Habana, 1936.

Las labores sociales que desarrollaban los belemitas encontraron espacios vírgenes donde garantizar un vínculo directo y distintivo con la alta jerarquía de la sociedad criolla, que, al contar con una base económica amplia, estaba dispuesta a cubrir los gastos para erradicar las deficiencias existentes a lo largo de los siglos anteriores en el plano social y cultural.

En el plano interno, para el año 1704, momento en que llegó la orden a Cuba, el contexto histórico insular manifestaba una serie de características, que añadían un contexto en extremo favorable para llevar a cabo con éxito cualquier proyecto en el ámbito eclesiástico.

2. Por primera vez, a inicios del siglo XVIII, existían las condiciones materiales y sociales para la conformación y puesta en marcha de la Iglesia en Cuba: una clase ansiosa de poseer una vida social y cultural activa y dispuesta a financiarla, una base programática ajustada a los intereses criollos y una base económica en constante incremento.⁹ El asentamiento belemita ocurre precisamente en una de las pocas ocasiones en las que lograron coincidir las necesidades de la Isla y las necesidades de la Iglesia, a diferencia de las dificultades que debieron afrontar las primeras órdenes religiosas llegadas a Cuba.

El primer Sínodo Diocesano que se efectuó en 1680 sentó las bases organizativas, estructurales e ideológicas de la Iglesia en Cuba y su adaptación a la realidad social en función de la clase dominante: los grandes terratenientes y comerciantes criollos. Durante este período, esencialmente en la zona occidental, se puede apreciar un desarrollo económico-social favorecido por el fomento de nuevas alternativas económicas, por las actividades del astillero y puerto de La Habana y las actividades ilícitas del contrabando. A partir del crecimiento económico y poblacional dado por la agricultura comercial del azúcar y el tabaco, la Iglesia inició un proceso de ampliación institucional a finales del siglo XVII que le permitió por primera vez penetrar los campos cubanos. Toda esta situación hizo posible que los terratenientes y negociantes de Occidente, ya finalizando el siglo XVII, pudieran con-

⁹ Para profundizar en este sentido es preciso consultar: Eduardo Torres-Cuevas: *Formación de las bases sociales e ideológicas de la Iglesia Católica-criolla del siglo XVIII*, revista *Santiago* (48): 153-188, diciembre, 1982.

tar con una base económica amplia y se les planteara la necesidad de cubrir las deficiencias existentes a lo largo de los siglos anteriores en el plano social y cultural.

La sociedad hispano-criolla giraba en torno a la Iglesia como centro de la vida espiritual e ideológica. La vida de aquellos hombres relacionaba todo su contorno social y cultural con la institución e ideología católicas. Las necesidades educacionales, culturales, hospitalarias y benéficas no podían canalizarse sino a través de la Iglesia. Fue en el período correspondiente a los obispados de Diego Evelino de Compostela y Fray Gerónimo de Nosti y Valdés donde se formaron las bases para el desarrollo de un clero criollo que dominaría las principales posiciones religiosas durante el siglo XVIII. Las deplorables condiciones sociales que existían en La Habana tuvieron en la orden un apoyo indiscutible para su mejoría por las características de la labor hospitalaria y educacional de los belemitas. Aquí juega también un papel fundamental la política de Compostela que le restó poder a las órdenes tradicionales por entonces en Cuba (los franciscanos, dominicos, agustinos y la femenina de las clarisas) que controlaban lo principal de las rentas, capellanías y donaciones de carácter religiosas.

La Orden de Nuestra Señora de Belén fue una institución esencial en su época; su poderío económico fue indiscutible y sus disímiles programas sociales solucionaron varios de los problemas de una Habana llena de vicios y pobreza. Su estudio es una expresión más de cuánto aún nos queda por desempolvar de nuestras raíces y escribir, así, una mejor Historia de Cuba.